

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Homilía

AÑO DE LA FE 2012-2013

Clausura diocesana del Año de la Fe

24 de noviembre de 2013

Doy gracias a Dios por vuestra fe; es un don que el Señor nos ha regalado y que esta tarde nos convoca para la celebración en la conclusión del Año de la Fe. Os agradezco vuestra presencia y participación.

La celebración en nuestra Catedral quiere expresar también la comunión con el papa Francisco, que esta mañana presidió en la plaza de San Pedro la celebración de la Fiesta de Jesucristo Rey del Universo y clausuró oficialmente el Año de la Fe, convocado por el papa emérito ya, Benedicto XVI, en la Carta *Porta fidei*.

Este Año de la Fe fue convocado por el papa Benedicto para recordar la celebración de los 50 años del comienzo del Concilio Vaticano II. Es una forma preciosa de conmemorar esta efeméride; nos indica que la forma de acceder a los documentos y decisiones del Concilio es la puerta de la fe. Esta celebración, tan importante para la Iglesia de nuestro tiempo, subraya que tenemos en el Concilio una brújula para orientarnos en nuestra vida como creyentes y como comunidades.

Quien dice "rey" está sugiriendo poder, capacidad de mando, señorío, dominio; pero al confesar que Jesús es Rey, siguiendo la pista del Evangelio, nos encontramos con un Rey que contradice nuestras ideas de poder. Jesús fue condenado como pretendiente a ser el Mesías y el Rey de Israel, según las promesas del Antiguo Testamento. Él, condenado por el procurador de Roma, llevó pendiente del cuello, en el trayecto desde el Pretorio hasta el lugar de la ejecución, una tablilla que decía: « *Jesús Nazareno, el Rey*

vida seguramente hay de todo, fragilidad, fallos y pecados; con el peso de la vida, suplicamos: "Señor, acuérdate de nosotros". Con estos sentimientos, venimos a glorificar a nuestro Señor, en esta fiesta singular en la que de alguna forma se recapitula lo que hemos celebrado a lo largo del Año litúrgico, depositando nuestra esperanza en Dios Padre y en nuestro Señor Jesucristo, reconocido como Salvador del mundo en Belén y como Redentor por la cruz, y confiando en su señorío.

Queridos hermanos, podemos temer el poder, y no digamos si es absoluto, de una persona sin corazón y sin entrañas; podemos temerlo, porque probablemente hará pesar sobre nosotros su prepotencia y nos oprimirá. Pero, queridos hermanos, la omnipotencia de Nuestro Señor Jesucristo es una omnipotencia de misericordia y de perdón; no tengamos miedo de acercarnos a Él, que nos conoce y sabe cuáles son nuestras entradas y nuestras salidas, conoce los mejores sentimientos que hay en nuestro corazón y también sabe cómo en ocasiones podemos ceder, y de hecho cedemos, a las insinuaciones del mal, del maligno, del tentador.

En esta celebración de la Fiesta de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo, estamos clausurando el Año de la Fe. Deseo agradecer a todos vuestra participación, y en particular a tantas personas que han colaborado eficazmente en la organización de los encuentros y celebraciones, muy elocuentes por cierto, que han tenido lugar a lo largo de este año para recibir la llamada a la misericordia, a la esperanza y a fortalecer nuestra fe.

Tanto en la Encíclica *Lumen fidei* del papa Francisco como en la Carta *Porta fidei*, por la que el papa Benedicto nos convocaba para este año, aparece la conexión de la fe con diversas realidades fundamentales de nuestra vida cristiana. Dios quiera que, una vez concluida la celebración de este Año de la Fe, se incremente en nosotros la relación viva entre lo que significa la fe y esas otras actitudes fundamentales.

a) En la Carta *Porta fidei* del Papa emérito, se subraya especialmente la relación entre la fe y el amor. Por la fe descubrimos la presencia de Dios en nuestra vida y reconocemos también la dignidad inmensa del hermano y de la hermana, que son hijos de Dios, creados a su imagen y semejanza; en ellos está presente nuestro Señor Jesucristo, tendiéndonos la mano. Por la fe descubrimos la dignidad

La fe debe hacerse misionera en el contexto en el que vives, querido hermano; la fe se fortalece dándola y, en cambio, disminuye si no la transmitimos. Este Año de la Fe que estamos concluyendo ha sido una oportunidad muy importante para que, como cristianos, pensemos en lo que significa nuestra fe como luz que ilumina el corazón para comprender el sentido de la vida y no caminar como a tientas, con desazón tristonosa en el corazón.

d) A María le dice su prima Isabel: «*Dichosa tú porque has creído*» (Lc 1,45); en la fe hay escondido un gozo, hay garantizada una dicha. La preciosa Encíclica *Lumen fidei*, firmada por el papa Francisco y que cuenta con la colaboración eficaz de Benedicto XVI, termina con unas invocaciones a la Virgen, Madre de nuestra fe, Madre de los creyentes, Madre de la Iglesia y Madre de cada uno; y en esas invocaciones se resume de alguna forma lo que se ha venido desarrollando en los capítulos anteriores.

Pedimos a la Virgen que sostenga nuestra fe; que nos enseñe a escuchar la Palabra de Dios; que sigamos los pasos de Jesús día tras día, como ella, que unió la condición de discípula a la de madre; y que derrame la alegría del Resucitado en nuestra fe. También le pedimos que nos recuerde que ningún creyente está solo; no creemos solo para nosotros, creemos con otros, somos testigos de la fe para otros, y la Iglesia es precisamente la congregación de los fieles cristianos.

¡Que, como María, escuchemos la Palabra de Dios y la cumplamos (cf. Lc 8,21; 11,27-28)! ¡Que, como Pedro, cuyas reliquias sostenía conmovido el Papa durante el canto del Credo en la celebración de esta mañana, confesemos: «*Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo*» (Mt 16,16)!